

Pausa evaluativa: escritura de una renarración

Escribí, de la manera más parecida a como lo hizo el autor, la continuación del cuento El traje del Emperador hasta el final. Pensalo como si fuera para gente que sólo conoce la primera parte.

EL TRAJE DEL EMPERADOR

Érase una vez un Emperador muy vanidoso a quien le encantaban los finos ropajes. Gastaba la mayor parte de su tiempo y mucho dinero en espléndidos trajes nuevos mientras descuidaba por completo los asuntos de su gobierno.

Un día llegaron a la ciudad dos estafadores y decidieron sacar partido de la afición exagerada del Emperador.

– Tengo un plan con el que pronto nos volveremos ricos – dijo uno de ellos.

Como las puertas del palacio estaban abiertas para los tejedores y sastres de todos los rincones de la tierra, en poco tiempo los dos pícaros tuvieron audiencia con el Emperador.

– Somos tejedores de un país muy lejano y fabricamos la tela más hermosa que se pueda imaginar, su Excelencia. Los colores son majestuosos y el diseño es inigualable. Esta tela –continuaron diciendo–, tiene la propiedad de ser invisible para todo aquel que sea tonto y no esté a la altura de su puesto.

“Una tela así me sería muy útil”, pensó el Emperador. “Así podré saber cuáles de mis ministros no están a la altura de sus cargos.” Sin pensar más, el Emperador le ordenó a su Primer Ministro entregarles el dinero necesario, así como la seda y los hilos de oro, para que empezaran el trabajo de inmediato.

Los falsos tejedores pusieron manos a la obra y cada vez que alguien iba a verlos, fingían trabajar arduamente. Por supuesto, no estaban tejiendo nada. Todos los días escondían un poco de seda y de hilos de oro, y se pasaban el tiempo comiendo y bebiendo.

Entretanto, el Emperador se deleitaba imaginando su maravilloso traje nuevo. “Me pregunto cómo irá el trabajo de esos tejedores”, pensaba. No estaba muy seguro de ir a ver la tela por sí mismo, pues lo inquietaban sus poderes mágicos...

– ¡Ya sé! –exclamó el Emperador–. Enviaré a mi Primer Ministro. No es ningún tonto y está a la altura de su cargo: la tela no será invisible para él.

El Emperador lo mandó llamar y le pidió un reporte detallado sobre la elaboración de la tela. El Primer Ministro, que era un hombre sensato, decidió ir solo a supervisar el trabajo de los tejedores.

– No soy estúpido y sé muy bien que soy apto para mi cargo, pero es mejor tomar precauciones.

Los bandidos lo recibieron muy amablemente. Mientras uno de ellos levantaba los brazos en el aire – como si estuviera sosteniendo la tela – y hablaba de sus magníficos colores, el otro movía las manos sobre el telar fingiendo entrelazar los hilos. El ministro, lógicamente, no veía nada.

– ¿Me habré vuelto estúpido? – se preguntó preocupado. Después de pensar un tiempo, regresó al palacio.